



CONCEPTOS CLAVE PARA LOS ESTUDIOS DE LA LITERATURA VENEZOLANA ACTUAL

Organización
Tatiana da Silva Capaverde



edições makunaima

COORDENADOR: José Luís Jobim

DIAGRAMAÇÃO E EDITORAÇÃO: Casa Doze Projetos e Edições

REVISÃO: Tatiana da Silva Capaverde

Livro financiado com os recursos da verba de bancada - Bolsa Produtividade de Pesquisa - CNPq.



Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP) (eDOC BRASIL, Belo Horizonte/MG)

C744 Conceptos clave para los estudios de la literatura venezolana actual
[livro eletrônico] / organização de Tatiana da Silva Capaverde.
– 1. ed. – Rio de Janeiro, RJ : Edições Makunaima, 2025.
303 p. : il. color.

Formato: PDF

Requisitos de sistema: Adobe Acrobat Reader

Modo de acesso: World Wide Web

ISBN 978-65-87250-71-7

1. Literatura venezolana – Século XXI – Ensaios. 2. Crítica
literária. 3. Estudos culturais. I. Capaverde, Tatiana da Silva.

CDD 860.989

Elaborado por Maurício Amormino Júnior – CRB6/2422

CONCEPTOS CLAVE PARA LOS ESTUDIOS DE LA LITERATURA VENEZOLANA ACTUAL

Organización

Tatiana da Silva Capaverde

Rio de Janeiro

2025



Migración

Gregory Zambrano¹

La condición migrante

La migración es considerada como un derecho humano. La historia de la humanidad está marcada por la movilidad, y obedece a diversas causas. Entre las más frecuentes se encuentran los conflictos bélicos, la persecución por razones políticas o ideológicas, por inseguridad personal, discriminación social o racial, entre otras. Para estas notas quisiera establecer de antemano la operatividad del concepto “migrante”, para acotar los límites y precisar su función en aras de una mayor eficacia metodológica. La migración se distingue de la movilidad por razones educativas o laborales temporales, que no tienen incidencia respecto a las posibilidades del retorno al lugar de origen o procedencia, pero sí con el peligro latente que esto representa para quienes la experiencia adversa les obliga a buscar opciones que corresponden a definiciones más radicales, tales como la condición de exiliado o la de refugiado.

167

El *Diccionario de la lengua española* (2014) define “migración” como un vocablo procedente del latín *migratio*, *-ōnis*, y significa: “desplazamiento geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas económicas o sociales” y establece algunos sinónimos en el marco semántico: emigración, inmigración, éxodo, salida. En ese sentido, define “migrante” como un adjetivo: “que migra”, y “migrar”

¹ Universidad de Tokio, Japón.

(Del lat. *Migrāre*), como trasladarse desde el lugar en que se habita a otro diferente. De igual manera, establece los sinónimos emigrar, inmigrar y mudar.

Como puede verse, de una manera general, hay usos que podrían combinarse o utilizarse como equivalentes. Sin embargo, la operatividad del término va a funcionar de manera unívoca cuando detallamos las condiciones de esa movilidad, las circunstancias contextuales en las que se produce y en consecuencia, sus efectos. Una mezcla de elementos nutre los argumentos y estos de alguna manera fijan el tono, los temas y las reflexiones al respecto.

168 Pero más allá de este atributo formal, me interesa definir las cualidades humanas que condicionan al sujeto que migra. Estas definen, en determinadas circunstancias dinámicas, las razones que justifican la enunciación en relación con el espacio desde el cual se enuncia.

En 2006 presenté en las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) en Bogotá una ponencia que titulé “Condición migrante e hibridación cultural: algunos casos en la literatura venezolana”, en la que hacía un contrapunto de experiencias narrativas de ida y vuelta entre Venezuela y España, a partir de las novelas *Zarandona* (2000), de Josu Landa y *Una tarde con campanas* (2004), Juan Carlos Méndez Guédez. Entonces el crítico venezolano Carlos Pacheco me dijo que esta categoría le ayudaba a resolver una perspectiva metodológica y a definir el acercamiento que deseaba hacer para contextualizar la obra narrativa de Miguel Gomes (Pacheco, 2008). Ese concepto lo había encontrado en la lectura de Antonio Cornejo Polar sobre la obra de José María Arguedas. El crítico peruano explicaba el fenómeno migratorio de los sujetos que se mueven entre el ande y la costa en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), y cómo se modifica su visión del mundo a partir de un “locus enunciativo” diferenciado. Lo que Cornejo Polar llama el “locus enunciativo”, condiciona el discurso en una doble dirección:

procedencia y situación presente, que permiten saber: “si la condición migrante funciona [...] como un locus enunciativo y si a partir de allí se genera un cierto uso más o menos diferenciado del lenguaje que podría remitir a la constitución de un sujeto disgregado, difuso y heterogéneo: el sujeto migrante” (1995, p. 104).

La “condición migrante” es, visto de esta manera, un concepto operativo, que comprende un tiempo y un espacio en crisis y establece una zona intermedia, dada la densa discusión que genera la nomenclatura al uso: migración, inmigrante, emigrante, exilio, insilio, diáspora, refugiado, etcétera, que últimamente ha tomado mayor relevancia cuando nos aproximamos al fenómeno de la movilidad migrante en relación con Venezuela.

El fenómeno migratorio y la literatura venezolana

Para el caso venezolano, específicamente, vinculado con la 169 situación de sus artistas y escritores, hay un abanico amplísimo de posibilidades dentro de este marco, que es también parte de los motivos temáticos. Como ha señalado Violeta Rojo: “La partida, el recuerdo de Venezuela, la frustración, la crispación, el desprecio y la desesperación por una realidad que empuja a sus naturales fuera del país, son los temas de muchos de varios de nuestros escritores” (Rojo, 2018, p. 142). Se repite constantemente que Venezuela no había sido un país de migrantes. El recuento histórico ayuda a comprender que solamente cuando se produjeron circunstancias políticas adversas, hubo movilizaciones forzosas, pero éstas no fueron masivas, sino principalmente emprendidas por algunos individuos impulsados por coyunturas históricas, debidas principalmente a regímenes autoritarios, tanto en el siglo XIX como en el XX.

En lo que va del siglo XXI, se mezclan diversos factores que obedecen, principalmente —aunque no son los únicos—, a las consecuencias del llamado periodo de la Revolución bolivariana, que comenzó en 1999. Estas desembocaron en condiciones de vida

críticas y negativas durante los últimos años. Podríamos decir que se acentuaron a partir de la crisis política desatada en 2013, tras las elecciones presidenciales en las que Nicolás Maduro, candidato del llamado Gran Polo Patriótico, fue electo presidente de Venezuela con resultados dudosos. Esto desencadenó una fuerte represión oficial, que culminó con varios muertos y decenas de heridos. Pero ya el éxodo había comenzado. Nunca, como ha ocurrido en los últimos años, tantos escritores venezolanos viven y hacen su obra en los lugares más disímiles del mundo, en muchos casos, obligados por las circunstancias. Silda Cordoliani hacía un balance del fenómeno migratorio de los escritores venezolano en los siguientes términos, ya en 2013:

170

Para los venezolanos, la diáspora que hemos sufrido durante los últimos tiempos constituye una novedad. Un fenómeno social insospechado pocas décadas atrás. Nos agarró de sorpresa sin aparente aviso previo, y aún hay quienes guardan la secreta esperanza de que pueda ser revertida. Nada indica que hayamos asimilado todavía lo que significa para nuestra forma de vida, nuestra manera de relacionarnos y nuestra propia existencia, después de haber pasado de ser un generoso país de inmigrantes a un convulsionado país de emigrantes. (Cordoliani, 2013, p. 7)

El mismo año, la revista de literatura hispánica *Inti*, dedicó el dossier “Asedios a la literatura venezolana del siglo XXI”, en el que se empezaba a organizar una reflexión sobre el tema de la migración que pronto comenzaría a llamarse “la diáspora”. En su presentación, Miguel Gomes escribió:

Con frecuencia la emigración se percibe como “exilio” o “destierro”, adquiriendo un aura sublime que garantiza enormes acumulaciones de capital simbólico al escritor, secretamente identificado con figuras fundacionales como la del primer gran desterrado que sintetiza las correspondencias modernas entre el campo cultural y el campo del poder: Andrés Bello. (Gomes, 2013, p. 6)

Sin duda, la literatura venezolana contemporánea se va constituyendo de una manera significativa con escritores migrantes. Tal vez sea la “literatura de la diáspora” una manera de definir la variante formal de una expresión artística expresada en diversos géneros, lo que constituya en el futuro una especie de “canon”, habida cuenta de la cantidad y la calidad de las obras que se producen y difunden fuera, como consecuencia del fenómeno migratorio. Incluso, se ha intentado hacer una cartografía que sitúe *grosso modo* la ubicación de los autores, como lo hicieron en un primer avance Dulce María Ramos (2019) y Alirio Fernández Rodríguez (2022). Ambos incluyeron un mapa prospectivo de los escritores migrantes. Sobre el devenir de esta circunstancia, una serie de interrogantes podría repetirse *ad infinitum*, y las respuestas seguramente tardarían en llegar:

¿Cómo se construye la literatura de un país cuyos creadores viven fuera de él? ¿De qué modo la experiencia migratoria interviene o modifica la escritura? ¿Cómo se redefine la sensibilidad y la idiosincrasia al verse sometida a la extranjería, la mudanza y las variaciones culturales? (Valle; Sandoval, 2024, p. 7)

171

Nuevos horizontes y otros sueños: escribir contra el olvido

Para buscar algunas respuestas y hacer un balance preliminar, creo que podría funcionar el concepto de condición migrante, que será el eje desde el cual voy a aproximarme a la obra de Arianna De Sousa-García, *Atrás queda la tierra* (2024).

Algunos de los acercamientos a esta obra parten de la necesidad de definir el formato de la escritura, como testimonio o como una obra de no ficción. Es el recuento personal, sintético, de un momento decisivo en la vida de su autora, nacida en Puerto La Cruz, estado Anzoátegui (Venezuela), en 1988. Es decir, narra desde la autorreferencialidad, desde un yo que no pretende ficcionalizar la historia inmediata, sino utilizarla como un pretexto para construir un alegato personal, íntimo y vivencial de sus circunstancias. El

libro ha suscitado un interés genuino en diferentes latitudes, y se promociona con rótulos como “novela” o “ensayo”, quizás como una forma rápida y fácil de ubicarla en el circuito comercial, obviando que la obra obedece a otras formas discursivas menos canónicas, y que para los efectos de lo que se quiere narrar, resultan más efectivas. Sin embargo, considero que en esta obra no hay un interés intrínseco de hacer literatura.

172 En primer lugar, se trata de una especie de carta que la autora-narradora, escribe para que León, su hijo —que en el momento de la huida tiene un año—, pueda leer en el futuro, cuando tenga quince años y la tragedia se hayan disipado. Quizás el término tragedia sea demasiado radical, pero evidencia los antecedentes que la obra poco a poco va revelando, lo que nos permite entender el conjunto de razones que obligaron a la autora a migrar. Estas corresponden a las circunstancias negativas que detonaron a su familia en un momento político traumático. La familia es un núcleo simbólico que puede leerse como emblema de unidad, como un basamento, como si ésta fuese una representación del Estado-nación, que entra en crisis, un recurso evidenciado en diversos autores latinoamericanos. Este aspecto, como certeza de una eclosión de sentimientos y subjetividades podría situarse, incluso, mucho antes del fenómeno diaspórico, en lo que comúnmente se ha llamado “la tragedia de Vargas”, un desastre natural que comenzó el 15 diciembre de 1999. Ese mismo día el entonces presidente Hugo Chávez impulsaba un referéndum para aprobar la nueva Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela. Es abundante la documentación sobre este hecho, pero destacamos dos excelentes balances: Vásquez Lezama (2009) y Genatios; Lafuente (2020). Este caso generó posteriormente una migración interna inesperada pues muchos “damnificados”, como se les llamó en su momento, fueron desplazados a varias ciudades del país. La literatura registró estos hechos, más que como una crisis colectiva, como un balance de pérdidas, y algunos autores los

vinculan con el inicio de una nueva era en Venezuela, representada en la revolución Bolivariana. Sobre este aspecto pueden consultarse Rivas (2010), Gomes (2012) y Carreño (2013).

Arianna de Sousa-García escribe desde Chile. El referente es Venezuela, siempre asociado a un hecho colectivo catastrófico. La primera imagen que nos trae este relato es la de los efectos del hambre; luego de las carencias del sistema de salud, y pronto las fallas del servicio eléctrico. En ese marco aparece la muerte. Fue el 7 marzo de 2019 cuando la casi totalidad del país quedó a oscuras. Después de cinco días apareció la causa, el culpable: “un ataque cibernético, electromagnético”, dijo el presidente, sin mayores detalles verificables.

La noche más oscura, en realidad duró cinco días. La incertidumbre, el temor, la angustia y las carencias se agudizaron. No es que estas calamidades hubieran llegado de pronto con el apagón, sino que se profundizaron en las sombras:

173

Durante la primera noche, las serpientes del Gobierno, los colectivos criminales armados avalados por la Revolución bolivariana, recorrieron las calles oscuras haciendo sonar sus motocicletas, haciendo el terror más palpable, disparando al aire mientras la desesperación se transformaba en saqueos, agotando lo poco que quedaba en los almacenes. (De Sousa-García, 2024 p. 15)

Todo empezaba a diluirse: la esperanza de un país mejor quedaba difuminada en lo que solo eran promesas que se repetían interminablemente desde el discurso oficial. El recuento de las consecuencias se midió en damnificados, en muchos rostros que tenían nombres y apellidos. El balance periodístico se asume desde el yo autorial, que escribe sobre el presente. Inmediatamente el discurso que objetiva lo que está pasando se dirige a una segunda persona, a él, al hijo, quien es el receptor de esta larga disquisición, con cifras, anécdotas y detalles para que se guarden en la memoria. El yo testigo hace la cobertura periodística de los hechos y en medio de ese

balance revela el detonante, la primera alerta: “Durante la tarde de ese mismo día, mientras escribía esa nota, recibí la llamada de tu abuela ofreciendo sacarnos del país” (De Sousa-García, 2024, p. 17). El periodismo es para la autora un espacio seguro. Irse significaba abandonarlo, saltar al vacío, ser indocumentada para recomenzar.

Así también se enlistan las causas, todo lo que ha significado una larga carrera de corrupción, indiferencia y justificación oficial. Y también los responsables que, en principio, no se nombran, “el comandante eterno” y “el presidente heredero”, ambos y sus funcionarios adláteres han repetido el mismo discurso con algunas variantes: los males del país no se deben a la desidia, inoperancia, a la falta de profesionalización e inversión, al desfalco a la nación, sino al fenómeno del Niño, “pero sobre todo a los incesables, innumerables e indiscutibles ataques de nuestros enemigos patrios” (De Sousa-García, 2024, p. 18).

Luego, viene el recuento de las despedidas: amigos, conocidos y los parientes que comienzan la huida. Entonces, emergen de la memoria los antecedentes familiares de otras migraciones, y se reconstruye una genealogía. El bisabuelo, el abuelo, como una retrospectión que la centra en las circunstancias:

Mi viejo, mi abuelo, el padre de mi padre, llegó a Venezuela desde Madeira siendo un niño. Viajó escondido en un barco junto a sus hermanos y, aunque llegaron todos sanos y salvos, pronto el nuevo territorio y el nuevo idioma se encargaron de dispersarlos. No crecieron juntos, tuvieron que sobrevivir cada uno. (De Sousa-García, 2024, p. 76)

Así la historia de los hermanos “morochos”, apartados al llegar y reunidos después de cincuenta años, tiene una fuerte carga afectiva, pues solo fueron separados por la muerte. Todo se impregna de dolor. Allí los versos de Vicente Gerbasi, de donde procede el título de la obra, funcionan como un muro de contención:

Venimos de la noche y hacia la noche vamos. /Atrás queda la tierra envuelta en sus vapores, /donde vive el almendro, el niño y el leopardo. /Atrás quedan los días, con lagos, nieves, renos, / con volcanes adustos, con selvas hechizadas /donde moran las sombras azules del espanto./ Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses, /solos en la tristeza de lejanas estrellas. /Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan /ráfagas seculares. /Atrás quedan las puertas quejándose en el viento [...]. (De Sousa-García, 2024, p. 26–27)

De antemano la narradora se asume en el exilio. Vamos descubriendo las razones de su salida, pero desconocemos si su condición le impide volver. En todo caso, se siente extrañada de la patria, exiliada:

La comunicación en el exilio es una danza difícil a la que no pude tomarle el paso. Pienso en ellos todos los días, los imagino sonriendo o caminando envueltos en un aura o halo en que los envuelvo desde aquí, pero no puedo sostener una llamada. No puedo sostener el terror de no poder hacer nada por ninguna de las personas que amo, no poder ayudarles en su pobreza, o su enfermedad, o aliviar su soledad y la pantomima no me sirve. (De Sousa-García, 2024, p. 27)

175

El apego a la memoria tiene que ver también con una valiosa herencia. No olvida o no puede dejar de recordar los orígenes. Y ahí está la justificación del relato, de la escritura, como una forma de sublimar los recuerdos. De esta manera se constituye el *locus* enunciativo, “desde aquí”:

Les contamos nuestra historia a nuestros hijos los días que creemos necesario hacerlo para que nuestra memoria perdure, a través de ustedes, para que aprendan a detectar a carroñeros y a desmenuzar discursos. Escribirla es mi regalo para tu futuro, todas las cosas que escribo tienen que ver contigo, son para ti. (De Sousa-García, 2024, p. 28)

La carta empieza a escribirse en el presente y se va organizando como un recuento de lo que ha pasado en los últimos siete años. Se intensifica la voz autorial, perfectamente conversacional, para comunicarse con el niño oyente, pero en el tono de un soliloquio que se escribe:

Cuando naciste ya todo estaba muy cuesta arriba, comenzaba el mes de junio del año 2015 y durante ese año la pobreza extrema en nuestro país alcanzó al 49 % de los hogares, es decir, más de doce millones de venezolanos vivíamos en una pobreza riesgosa. El índice global de desarrollo humano nos situó en el puesto setenta y ocho de ciento ochenta y nueve países analizados. (De Sousa-García, 2024, p. 32)

176 Decide la partida, ve a sus compañeros, los nombra y comienza a despedirse. Necesita fijar algunos puntos de conexión con la labor, con el periódico en el que trabaja y con el país. Viene entonces la consciencia de lo que significa renunciar a su oficio como periodista: “dejar de escribir sobre los niños que morían a diario de hambre y de mengua, de dar la pelea desde mi lugar, el único lugar que he tenido en el mundo, el periodismo”. (De Sousa-García, 2024, p. 35). La memoria es un concepto en el que caben muchos significados. Primero viene la necesidad de asirla. Luego de explicarla en sus múltiples variantes. Acude al diccionario y a todas las acepciones. Necesita estudiar todas las variables porque en conjunto le dicen algo, le ayudan a construir una fortaleza: “(Todo relato necesita sustento. Recorta, guarda, pega, arma, conserva. “Nada sobra, todo sirve”, decía mi abuela, ahora yo te lo digo a ti)” (De Sousa-García, 2024, p. 45).

Pero la justificación está dada por la necesidad de fijar los hechos, darle sustento en la documentación, resguardar, preservar la evocación, mencionar con nombres y apellidos a las víctimas. Por esto el libro documenta en sentido estricto y revela las fuentes (al final se enlistan a manera de compendio), pero también se compro-

mete desde el punto de vista de la subjetividad, de las historias de vida que corresponden a las identidades:

Sé que estos nombres no te dicen nada ahora y dudo que en algún momento te digan algo, estamos todos desperdigados por el mundo, demasiado ocupados sobreviviendo como para conversar una vez más, pero los escribo para no olvidarlos y para no olvidarme, para mantener en tu memoria y la mía ese día, ese espacio, esas personas. (De Sousa-García, 2024, p. 40)

¿Por qué este afán?, ¿qué pasa con la memoria colectiva?, ¿es acaso la desconfianza porque existe una memoria corta, que la gente olvida o sepulta?, ¿se les “lava la cara” a los responsables de las tragedias colectivas?, ¿los pueblos reinciden en las malas elecciones de sus gobernantes? De allí el tono confesional:

Con el tiempo aprenderás que la memoria es una materia viscosa, maleable, escurridiza, acomodadiza y de ahí la importancia de escribir, de preservarla de alguna manera, de dejar constancia sin tener garantías de que servirá de algo más que para recordarnos a nosotros mismos. (De Sousa-García, 2024, p. 43)

177

La memoria es también un compromiso con la historia, acumular datos y recuerdos: “Tener memoria de elefante; traer a la memoria, recorrerla, acordarse, conservarla y presentarse de nuevo en el recuerdo. Presentarse de nuevo en el recuerdo todas las veces que sea necesario de todas las maneras posibles” (De Sousa-García, 2024, p. 47). También es la manera de recordar los espacios entrañables, como el mar Caribe dejado atrás, la evocación de sus contrastes. La belleza de la naturaleza y la conciencia de clase. Los dos mundos, el de la gente de a pie y la gente de la opulencia. Dos universos que conviven y se rozan:

En el mar todos los azules que permite la luz: cielo, alba, turquesa, verdusco, profundo. La temperatura del agua invita, convence, pide y obliga a quedarse, la ausencia de oleaje hace pensar que una vida sin sobresaltos es posible, lava las máscaras, despeja

las preocupaciones, sus atardeceres naranjos, rosas, rojos, asombran, su brillo nocturno favorece la imaginación. (De Sousa-García, 2024, p. 49–50)

Y en la vuelta al presente su espacio de enunciación sigue siendo un puerto, como su origen, aunque lo sea simbólicamente. Chile, tal vez, le da la certeza de su condición migrante, emocional y afectiva: “el mundo me ha mostrado que un puerto puede ser todos los puertos del mundo y que quizás lo único que lo hace verdaderamente precioso ha sido perderlo” (De Sousa-García, 2024, p. 51).

178 El relato continúa su camino hacia la introspección, pero ésta tiene que ver más con el orden de los hechos. Vamos al pasado, al comienzo de todos estos cambios que explican el presente: el 4 de febrero de 1992. Una fecha emblemática en la historia contemporánea de Venezuela. La irrupción de un actor que en los años sucesivos iba a moldear el nuevo rostro del país: “El hombre de la verruga en la frente, el gran revolucionario, el gigante, el jefe intergaláctico, el verdugo, ya había comenzado a hablarles al oído a todos nuestros padres, a todos cuantos pudo y funcionó” (De Sousa-García, 2024, p. 57).

Vuelve el recuento de las promesas del cambio. Todas incumplidas. El origen de un fenómeno migratorio que, de no haberse dado en ritmo lento, habría parecido una estampida. Pero el saldo es más o menos el mismo. El veinticinco por ciento de la población dispersa por el mundo en un cuarto de siglo de gobierno revolucionario, lo que justifica este relato y tantos otros que recuentan una tragedia social que se ha referido de disímiles maneras. El éxodo se calcula en 7.891.241, según la última actualización del 3 de diciembre de 2024 (Refugiados y Migrantes de Venezuela | R4V, 2024, online).

Vino entonces el impacto que la nueva Venezuela tuvo en las familias. El proyecto “bolivariano”, concebido y ejecutado como una revolución, obligó al deslinde de posturas frente al momento y, por consiguiente, a las rupturas. En el caso de la narradora con su

padre. Esto lo recuenta no como una letanía, como la de “Mi padre, el inmigrante”, sino la conciencia de que al suyo, la revolución lo convirtió en “otro”, que olvidó sus raíces, abrazó su presente convencido de su superioridad moral y sucumbió. Poco a poco vamos viendo su proceso de fanatización que termina en envilecimiento:

Mi padre alumbró comunidades enteras./Mi padre abrió pozos de agua públicos.

Mi padre les dio una oportunidad a cientos de personas. / Mi padre dio su juventud a un proceso que llegado el momento compró su conciencia con putas, tierras y dinero y después lo dejó peor de lo que nunca estuvo. (De Sousa-García, 2024, p. 59–60)

Luego, este fanatismo también arrastró a la madre. Como en tantos casos, la familia quedó rota. Era el nuevo retrato del país. Una foto familiar con rasgaduras. Viene luego la voz autorial de la madre, emocionada, el día que vio al “comandante supremo”: 179

Nosotros estábamos empapados esperándolo. Todos nosotros bajo ese palo de agua, ocupando enteramente calles y calles para verlo. Pensábamos que no llegaría porque cómo se iba a mojar el presidente, pero salió y era inmenso, hija, inmenso, el hombre más alto, grande y fuerte que haya visto jamás, decía mientras estiraba los brazos hasta lo imposible, con todos los dedos abiertos intentando abarcar todo el espacio a su alrededor. Apareció con un traje bellissimo, elegante, imponente, y cuando sonó su voz, de golpe todos nos quedamos en silencio. Su voz, su voz, su voz, una voz recia, calma. Ahí estaba él, mojándose por nosotros, ¿puedes imaginarlo?, me dijo, sin tomar en cuenta que ellos se mojaron durante horas por él. Ese sería el último gran acto masivo de Hugo Chávez y mi madre estuvo allí. (De Sousa-García, 2024, p. 65)

Luego viene la descarga moral del padre, en su propio testimonio. Ella le cede espacio a su voz, así puede razonar sus acciones, mirando su propio pasado en la decadencia de los años anteriores

a Chávez. Después trata de explicar —y justificar— su presente afincado en la esperanza que le dio el gobierno revolucionario a través de su trabajo en la Corporación Eléctrica Nacional, aunque no reconoce la movilidad social que propiciaron los gobiernos de las cuatro décadas anteriores. Esto la lleva a entender el por qué su padre le diera prioridad a la revolución y a la patria antes que a ella. La narradora cuenta los tiempos sencillos y felices del pasado, las vacaciones escolares, los viajes familiares a distintos lugares del país, pero todo quedó solo en su memoria.

180

También recuerda que su padre trató de hacerla militar a la fuerza en el partido de la revolución. Ella se negó, resistió. La decepción del padre se transformó en ira, luego se convertiría en desprecio. Así también fue su imposición para que ella estudiara una carrera que según él, tenía futuro: “Su hija sería parte de grandes proyectos y él se encargaría de que entrara en ellos. Así estudié Tecnología en Gas, una carrera nueva que pretendía formar a la primera generación de trabajadores para el Gran Gasoducto del Sur” (De Sousa-García, 2024, p. 84). Este proyecto fue anunciado en 2005 por Hugo Chávez y Néstor Kirchner, y se extendería desde Venezuela hasta Brasil y Argentina (Murphy, 2006). Fue una expresión del optimismo imperante del gobierno venezolano, gracias al alza providencial de los precios del petróleo, que luego se desechó sin mayores explicaciones. También se proyectó en aquellos años el “Tren del Sur”, un proyecto ferroviario cuyo objetivo era unir a América Latina a través de una red de 9.000 kilómetros, que tuvo el mismo fin (Chirinos, 2008).

Después de culminar esta carrera, no se cumplieron las expectativas paternas. Para la narradora se impondría la verdadera vocación: trabajar como periodista: “El diario que había leído toda mi vida, con el que mi abuelo me enseñó sobre las trampas del lenguaje, también me quería a mí. La felicidad que me otorgó ese momento nunca se ha desteñido” (De Sousa-García, 2024, p. 85). Pero ya eran tiempos en que la libertad de expresión se había empezado a

regular; se cerraban periódicos y emisoras de radio, se perseguía y encarcelaba a los periodistas.

En el recuento, para la narradora su proceso educativo tuvo una constante mirada crítica, ya desde la educación secundaria. Cuestiona la instrucción premilitar y rescata como favorable la presencia de la literatura. Eso es un dato importante. A la narradora que le gustaba registrar lo que sucedía, también guarda en su memoria sus lecturas: “Nuestros maestros, siempre a través de la literatura y muy rara vez desde sus palabras, nos hablaban de cosas que ya vivíamos, pero que no estábamos preparados para decodificar, para entender” (De Sousa-García, 2024, p. 83).

El discurso personal se entremezcla con los datos históricos, y los detalles se dejan caer como una cascada: la enfermedad, la ausencia prolongada y posterior muerte de Hugo Chávez, las dudas sobre la fecha real de su fallecimiento; las nuevas elecciones y la llegada de Nicolás Maduro al poder, en medio de las inconsistencias y denuncias de un gran fraude electoral, que no hubo manera de probar:

181

Toda esta información fue recogida por ciudadanos y denunciada por el candidato opositor, pero ¿qué se puede hacer en un país en el que, a pesar de lo que dictan sus leyes, el Poder Electoral y el Judicial también son parte del mismo partido político que ejerce el Poder Ejecutivo? Solo se puede hacer eso y esto: denunciar. Denunciar a sabiendas de que no pasará absolutamente nada en el momento, pero esperando que quede un registro para la historia, que ustedes lo sepan, lo sepan de la boca de sus padres. (De Sousa-García, 2024, p. 91)

Después de estos acontecimientos poselectorales de 2013, comenzaron las primeras salidas migratorias masivas, las manifestaciones más consistentes de lo que luego sería un gran éxodo. ¿Cuáles fueron las razones de esa oleada? Según la narradora:

La última victoria chavista significó la muerte de toda esperanza de cambio y durante los años 2014, 2015 y 2016 nosotros, la

primera gran oleada, los hijos de los militantes, crecimos y nos fuimos, huimos como muchos otros hijos; escapando de la violencia, del 500 % de inflación, de la reducción salarial y la tasa de desempleo más alta de América Latina, del hambre, tanta hambre, escapando de nuestros propios padres, de la ceguera, del orgullo herido, de la casa rota, de la Constitución burlada, de la avalancha, del país cuartel con días determinados para comprar comida, para bañarte, para comprar jabón y pasta de dientes, para ver televisión por un par de horas, para vacunar a los niños si tenías suerte. (De Sousa-García, 2024, p. 91–92)

182 En el año siguiente hubo una intensa represión. Para entonces la narradora ya tenía un año viviendo en Chile. El nuevo hogar, desde el que sigue al dedillo los acontecimientos, los registra; junto a las estadísticas de heridos y muertos, repasa los nombres de muchas víctimas, hechos que fueron reseñados por algunos medios en Venezuela. Lo demás ha sido el aprendizaje del nuevo entorno, acostumbrarse y resistir, protestar en silencio y escribir, los retos de la condición migrante y el nuevo locus de enunciación: “Quienes nos fuimos aprendimos a adoptar otros acentos, cambiamos algunas palabras, caminamos con un hueco en el pecho que a veces olvidamos pero que siempre nos hace llorar” (De Sousa-García, 2024, p. 97).

Luego apunta de manera detallada el recuento de la diáspora: la huida de los caminantes por las fronteras, el trasiego de las pequeñas embarcaciones que salieron del golfo de Paria, de Güiría, de Tucupita, buscando llegar a Trinidad y Tobago; la cantidad de naufragios, los desaparecidos y los devorados por el mar. De igual manera, se conoció la tragedia de los que superaron los embates de las aguas, pero no las balas de los guardacostas trinitarios.

La narración va del presente al pasado, contrasta y vuelve a la realidad del presente, pero también se construye con los sueños perturbados y las pesadillas. Para la narradora es la necesidad del resguardo del hijo lo que la mantiene como una voz en vigilia, atenta

y lúcida frente a la realidad paralela que intuye en la tierra dejada atrás:

Durante el día veo fotografías de los niños de mi patria peleándose con los perros callejeros por comer del cesto de la basura, y en las noches el miedo me dice que esos niños tienen tu cara. Todos ellos, al mismo tiempo. Pero corro, corro contigo el tiempo que sea necesario. Corremos, subimos montañas, atravesamos desiertos, agudizamos el oído para disfrazarnos con otros acentos, nos mimetizamos, hacemos lo que tenemos que hacer durante el tiempo que sea necesario, hacemos todo lo que está en nuestras manos y lo que no, intentamos y rezamos y sabemos que estará todo bien. No. La verdad es que, por más que quisiéramos, ninguno de nosotros puede saber esto con certeza. La evidencia dice que no hay rezo que nos blinde contra la vulnerabilidad de la que estamos presos por ser quienes somos, que no hay frente que salga ilesa de la noche. (De Sousa-García, 2024, p. 101–102)

183

Luego vienen las historias de vida de los otros que intentaron alcanzar las fronteras de los países del norte y del sur, las fronteras que se alejan, que se cierran, donde sucumben, por el río Bravo que los ahoga, por el frío de la cordillera que los congela. Después el recuento de casos ocurridos en Chile: las niñas atropelladas por un autobús que eludió la luz de pare al pasar una calle de Santiago; el niño de un año que fue llevado al servicio hospitalario por un accidente doméstico y no lo atendieron porque aún “no tenía cédula chilena”, murió luego, víctima de una mala praxis médica, y así vendrían otras muertes, con nombres y apellidos; así también los expulsados en masa de un campamento de familias venezolanas recién llegadas, luego de que fueron destruidas e incendiadas las carpas con sus pocos haberes, hecho convertido en un espectáculo radial y televisivo. Migrantes que han huido del autoritarismo, chocan con la discriminación, la xenofobia y el racismo.

Así el recuento de las tragedias personales, del dolor, de ese algo se queda apegado a la tierra que ahora los recibe, desde la

esperanza, pero sin certezas. En el presente del relato han pasado siete años desde la salida de Venezuela. Como hemos señalado, la condición migrante tiene que ver con el tiempo y con el espacio, pero también con la enunciación. Por fin León, el receptor de esta larga carta y a quien está dedicado este testimonio de llanto contenido, tiene siete años y ya puede expresarse en relación con ese *locus* enunciativo:

—¿Qué es Chile para ti?

—Parques, cerros, edificios altos.

—¿Te sientes chileno?

—No.

—¿Crees que un día puedas sentirlo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no soy chileno ni venezolano, sé que me crie aquí, lo entiendo, pero no me siento así. Me siento multipaíses. Soy un niño con muchos acentos, con muchas experiencias por vivir.

(De Sousa-García, 2024, p. 132–133)

184

La condición migrante significa la incertidumbre, el pasaje de ida, el viaje sin retorno. Aunque la esperanza se afane y se convierta en una dilación indeseada, el viaje podría convertirse en permanencia, aunque no necesariamente en arraigo:

Marchamos pensando que volveremos, que nuestras casas seguirán de pie, que nuestros libros se mantendrán exactos, impolutos, pacientes, que la gente que queremos seguirá con nosotros, cerca de alguna manera. Nunca pensamos que el frío de la muerte tomaría a los nuestros apenas volteáramos ni que las tumbas de quienes amamos quedarían borradas por el polvo.

(De Sousa-García, 2024, p. 25)

En *Atrás queda la tierra* hay algo que no se nombra, algo que se diluye entre múltiples capas, que pueden ser rostros, memorias, olores, sabores y recuerdos: el dolor. Esta sensación que tiene una

enorme carga negativa puede llegar a constituirse en un eje del discurso, independientemente de la manera como se exprese: “El dolor de los expatriados está generando una literatura, pero el dolor de los que ven a sus contemporáneos o familiares irse, se está convirtiendo en otra herida, que también tiene su literatura” (Rojo, 2018, p. 143).

Habría que visualizar también el hecho de que mucha de esta escritura está apegada a los referentes que nutren el contexto histórico, social y político de las últimas décadas, conocidos por los venezolanos. Pero si pensamos en lectores no venezolanos, habría que admitir que esas circunstancias referidas podrían ser desconcertantes. Si no fuera por la riqueza petrolera, algunos espacios turísticos, las reinas de belleza, el béisbol, artistas y personalidades influyentes, el país caribeño, andino y amazónico no había sido antes un referente que llamara mucho la atención. Sin embargo, en los últimos años, gracias al impacto de los medios y la magnitud de la diáspora, con sus luces y sus sombras, hay otra mirada más familiarizada con la Venezuela contemporánea.

185

Los síntomas de esta onda expansiva estaban combinados en la expresión de diversos antecedentes. Los medios televisivos, el cine, la prensa y la literatura fueron preparando el terreno, pero nunca se esperó la eclosión que sobrevendría en la segunda década del siglo XXI. Patricia Valladares-Ruiz hace un balance de obras (diríamos, ¿artefactos artísticos?) que en Venezuela traducen “el deseo de escapar”, desde finales de la década de los 90 (Valladares-Ruiz, 2013).

Corolario: el cruce de fronteras, la nostalgia y el futuro

Muchas de las obras que se han ocupado del fenómeno migratorio acusan una de las características más resaltantes de la condición migrante que es la *nostalgia*. El dolor por la ausencia, un duelo persistente. En esta obra aparentemente no hay nostalgia, la

palabra no se menciona. El país que quedó atrás cerró las opciones por los momentos y el retorno está clausurado. Solo se vuelve a través de la obra, de la palabra escrita. Como lo ha señalado el escritor y académico chino, exiliado en Estados Unidos, Ha Jin:

Los escritores exiliados solo regresan a su país a través de la literatura. En realidad, el retorno físico del escritor aparte de aplacar su nostalgia, no tiene demasiado sentido. Las páginas de la historia de la literatura aparecen tachonadas de nombres de titanes exiliados que consiguieron hacer llegar su obra a sus compatriotas, a pesar de vivir alejados físicamente de su tierra natal. (Jin, 2012, p. 30)

186 ¿Tiene el migrante una consciencia plena de que su gesto disidente pueda ser considerado una traición? En el caso de muchos intelectuales lo sabemos porque lo escriben, lo problematizan, expresan la desazón que produce la culpa por la salida forzosa que lo mantiene físicamente lejos del país de origen, aunque en su profundo yo esté apegado sin pausa a aquella tierra dejada atrás. Milagros Socorro, también periodista y narradora migrante, expresa esta sensación como una especie de agonía. En una crónica periodística, recrea la angustia ante una pregunta de su interlocutora y su introspección ante la imposibilidad de expresar razones objetivas:

—¿Por qué abandonaste Venezuela?

—Partes de una falsa premisa —balbuceo.

Quiero decirle que ni un día, ni un minuto... que vivo pendiente de las incidencias, que por las noches, cada noche, regreso a la casa de mi infancia, a las aulas de las monjas españolas, que no hay manera, que me habita, que no pienso en otra cosa...Pero no puedo decir nada. (Socorro, 2025, p. 1)

Algunos lectores confiesan que han llegado al final de la lectura de *Atrás queda la tierra* con un nudo en la garganta. La obra termina justificando la razón del viaje y también de la escritura, invocando y contradiciendo la figura tutelar de Vicente Gerbasi y de su famoso

poema, “Mi padre el inmigrante”: “venimos de la noche y hacia la noche vamos” (Gerbasi, 1986, p. 63). La apuesta del libro está basada en lo que vendrá, en los retos del provenir, sin que importen mucho las fronteras:

En ti confluyen cientos de viajes: el de Mamá Teresa desde el Líbano, el del abuelo Fernando desde Portugal, el nuestro desde Venezuela. Nos movemos para continuar la historia, para no apagarnos, para que nuestra familia subsista sin importar bajo qué bandera porque *venimos de la noche pero no vamos hacia ella*, vamos hacia el aire, vamos hacia la luz estruendosa del sol. (De Sousa-García, 2024, p. 135)

Atrás queda la tierra ofrece también una perspectiva de lectura desde el género literario. Como hemos visto, la condición migrante también genera pequeñas islas formales: poemas, cuentos y novelas... que tiene como una cauda la explicación: “de la diáspora”, y entrelazan sus textualidades porque en no pocos casos, hay oficientes de todos estos géneros. Pero este libro escapa de las convenciones genéricas y es posible que quede en un limbo formal, recuperado solamente desde la crónica, el testimonio o, simplemente, el recuento periodístico. Y podemos volver al sentido realista, que se le ha reconocido a la literatura venezolana, aunque tantas veces el sentido de la realidad se vea desbordado, y la imaginación se quede resguardada en la urgencia que reclama la verosimilitud.

187

REFERENCIAS

- CARREÑO, Víctor. Apuntes para una narrativa de la diáspora venezolana: enfoques, tendencias y problemas. *INTI. Revista de Literatura Hispánica*, n. 77–78, p. 103–114, 2013.
- CHIRINOS, Carlos. ¿Partió el tren del Sur? *BBC*, Caracas 23 ago. 2008. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_7578000/7578234.stm. Acceso en: 20 mar. 2025.

CORDOLIANI, Silda. *Pasaje de Ida. 15 escritores venezolanos en el exterior*. Caracas: Editorial Alfa, 2013.

CORNEJO-POLAR, Antonio. Condición migrante e intertextualidad multicultural: El caso de Arguedas. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, v. 21, n. 42, p. 101–109, 1995.

DE SOUSA-GARCÍA, Arianna. *Atrás queda la tierra*. Santiago de Chile: Seix Barral, 2024.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Alirio. *El mapa glocal de la literatura venezolana contemporánea*, 2022. Disponible en: <https://www.cinco8.com/perspectivas/el-mapa-glocal-de-la-literatura-venezolana-contemporanea/>. Acceso en: 21 mar. 2025.

GENATIOS, Carlos; LAFUENTE, Marianela. *Vargas: desastre, proyecto y realidad*. Caracas: CITECI - ANIH, 2020.

GERBASI, Vicente. *Obra poética*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986.

GOMES, Miguel. Presentación: Las Semillas Del Milenio. *INTI. Revista de Literatura Hispánica*, n. 77-78, p. 3–8, 2013.

GOMES, Miguel. Sol negro sobre el Caribe: “la Tragedia de Vargas” en la nueva narrativa venezolana. *Argos*, v. 29, n. 56, p. 109–133, 2012.

JIN, Ha. *El escritor como migrante*. Traducción: Jaime Blasco. Madrid-México: Vaso Roto-UANL, 2012.

MURPHY, Martin. El gran gasoducto del sur. *BBC*, 19 enero. 2006. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_4630000/4630084.stm. Acceso en: 20 mar. 2025.

PACHECO, Carlos. Los que vinieron y los que se fueron: migrancias multipolares en la reciente narrativa venezolana. *Connotas. Revista de crítica y teoría literarias*, n. 10, p. 31–55, 2008.

RAMOS, Dulce María. *El éxodo del talento literario*, 2019. Disponible en: <https://www.eluniversal.com/entretenimiento/36105/el-exodo-del-talento-literario>. Acceso en: 17 mar. 2025.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*, 23 ed. Barcelona: Espasa Libros, 2014.

REFUGIADOS Y MIGRANTES DE VENEZUELA | R4V. Disponible en: <https://www.r4v.info/es/refugiadosymigrantes>. Acceso en: 20 mar. 2025.

RIVAS, Luz Marina. El país que nos habita: la tragedia de Vargas como metáfora, *Conciencia activa* 21, n. 28 y 29, p. 131–161, 2010.

ROJO, Violeta. *Las heridas de la literatura venezolana*. Caracas: El Estilete, 2018.

SOCORRO, Milagros. La entrevista. *Papel Literario El Nacional*, Caracas, 26 mar. 2025. p. 1.

VALLADARES-RUIZ, Patricia. Desplazamiento y disenso político en la narrativa de Eduardo Sánchez Rugeles. *INTI. Revista de Literatura Hispánica*, n. 77-78, p. 127–148, 2013.

VALLE, Gustavo; SANDOVAL, Carlos. *Salvar la frontera: Muestra de cuentos de autores venezolanos migrantes*. Buenos Aires-Londres: Equidistancias, 2024.

VÁSQUEZ LEZAMA, Paula. *Poder y catástrofe. Venezuela bajo la Tragedia de 1999*. Caracas: Taurus, 2009.

mo del migrante en El jardín de al lado de José Donoso y Liubiana de Eduardo Sánchez Rugeles” (*Revista Iberoamericana*, 2022) y “Orientalism, Gender, and Nation Defied by an Iranian Woman: Feminist Orientalism and National Identity in Satrapi’s Persepolis and Persepolis 2” (*Journal of International Women’s Studies*, 2020).

Correo electrónico: dim224@lehigh.edu

294

Elizabeth Barrios es Profesora Asociada en el Departamento de Lenguas Modernas y directora del Programa de Estudios Étnicos en Albion College (Michigan, EEUU). Su investigación se sitúa en la intersección de la literatura, el cine, la ecología y las humanidades energéticas, con un enfoque principal en la producción cultural venezolana y en las iniciativas de greenwashing de la industria petrolera en América Latina. Ha publicado artículos en revistas indexadas como *Textual Practice*, *Transnational Cinemas* y *Journal of Latin American Cultural Studies*. Su primer libro, *Failures of the Imagination: Reckoning with Oil in Venezuelan Cultural Production* (University of Pittsburgh Press, 2026), examina cómo la petroficción, el cine y la crítica enmarcan las promesas y los fracasos de la petromodernidad. Fue seleccionada como fellow en la *Society for the Humanities* de la Universidad de Cornell durante el año académico 2025-2026 para desarrollar su segundo libro, *Plastic Environmentalisms: Petrocultures and Climate Denial in Latin America*.

Correo electrónico: ebarrios@albion.edu

Gregory Zambrano es profesor-investigador en la Universidad de Tokio, donde imparte clases de español y literatura latinoamericana. Es doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México, magíster en Literatura Iberoamericana por la Universidad de Los Andes (Venezuela) y licenciado en Literatura Hispanoamericana por la misma universidad. Profesor titular jubilado de la Universidad de Los Andes (Venezuela), donde fue director de la Escuela de Letras en

dos periodos (2002-2004 / 2010-2011), Coordinador de la Maestría en Literatura Iberoamericana (2001-2003) y Coordinador General del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes (CDCHTA) (2004-2007). Es miembro de la Academia de Mérida. Ensayista, investigador, crítico literario y editor. Libros: *El lugar de los fingidores* (y otros estudios sobre literatura hispánica) (1999), *De historias, héroes y otras metáforas* (2000), *Mariano Picón Salas y el arte de narrar* (2003), *Cartografías literarias* (2008, 2022), *El horizonte de las palabras: La literatura hispanoamericana en perspectiva japonesa* (Conversaciones con académicos y traductores) (2009), *Tulio Febres Cordero y la tradición humanística venezolana* (2010), *Hacer el mundo con palabras* (2011, 2023), *Paisajes del insomnio* (2015) y compilador del volumen *Mariano Picón Salas y Chile* (2021), entre otros.

Correo electrónico: gregory.zambrano@gmail.com

295

Katie Brown es profesora de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Exeter, Reino Unido. Se especializa en la cultura latinoamericana contemporánea, con un enfoque particular en Venezuela. Sus principales intereses de investigación son la migración, la industria editorial, la traducción, y la identidad. Su tesis doctoral (King's College London, 2016) se centró en la política cultural del gobierno 'bolivariano' en Venezuela y las discusiones sobre por qué y cómo escribir ficción en esta época. Esto constituye la base de su primer libro *Writing and the Revolution: Venezuelan Metafiction (2004-2012)* (Liverpool University Press, 2019). Co-editó *Crude Words: Contemporary Writing from Venezuela* (Ragpicker Press, 2016) y *Escribir afuera: Cuentos de intemperies y querencias* (Kálathos, 2021). Su traducción de *From Savagery* de Alejandra Banca (Selkies House/Restless Books, 2024) ganó un EnglishPEN Translates Award.

Correo electrónico: K.Brown4@exeter.ac.uk